

IDILIO XXIII.

El agua queda en púrpura teñida,
Y del fondo salió desgarradora
La amarga voz de la doncella herida:

“La ingrata pereció; triunfe el que adora.
¡Oh Vírgenes! Mi muerte ejemplo sea,
Para que no irriteis la vengadora

“Divinidad de Amor ó Citeréa.”



IDILIO XXIV.

HÉRCULES NIÑO.

ARGUMENTO.



ARRASE la victoria de Hércules, niño aún de diez meses, sobre dos mónstruos enviados por Juno á devorarlo. Sigue el vaticinio de Tiresias sobre el divino infante, y enuméranse los maestros que enseñaron á éste las letras, las artes y los ejercicios en que tanto sobresalió. La última parte, que narra el método de vida de Hércules durante su infancia y juventud, se ha perdido.

Hércules,¹ que diez meses ha cumplido,
E Ificlés tierno, su menor hermano,
Una noche despues solo nacido,
Festivos juegan. Con amante mano
Baña á los dos la cariñosa Alcmena,
Y con la leche de sus pechos llena.
Sobre cóncavo escudo²
De puro bronce, espléndida armadura,
Que Anfitrión forzudo
Conquistó á Terelao, con ternura

IDILIO XXIV.

Los recuesta, y tocando su cabeza,
Así á los niños á arrullar empieza:

“Dormid, hijos queridos:

“Dormid bellos y sanos.

“¡Oh frutos de mi amor! dormid, hermanos:

“Almas de mi alma, reposad unidos.

“Gozad de sueño plácido y ligero;

“Dormid, dormid dichosos,

“Y de la Aurora el despuntar primero

“Os encuentre soñando venturosos.”

Así habla, y el escudo relumbrante

De cuna á guisa mece:

A Ificles viene el sueño en el instante,

Y Hércules al arrullo se adormece.

Mas cuando á media noche hácia el Ocaso

La Osa, de Orion³ vecina,

Con rapidez declina,

Y éste, girando con veloce paso,

Sus anchos hombros al mortal ostenta,

Juno,⁴ á dañar atenta,

Dos hórridas serpientes,

Mónstruos descomunales

Que al enroscarse forman esplendentes

Verduscas espirales,

Envía de la casa á los umbrales.

Allí, dó el ancho quicio

Deja bajo la puerta algun resquicio,

A penetrar la Diosa los obliga,

Y con ásperas voces los instiga

IDILIO XXIV.

A devorar al que en la cuna yace

Hércules tiernecito. Por el suelo

Van arrastrando su asqueroso vientre

Que de sangre no más se satisface.

Rojizo fuego lanzan

De los ojos las dos miéntras avanzan,

Y de la inmunda boca

Con el veneno su camino riegan.

A los niños se llegan;

Y ya casi los toca

La emponzoñada lengua, cuando ¡oh suerte!

(De Jove la divina

Próvida vigilancia todo advierte)

De súbito la casa se ilumina,

Y los hijos queridos

Por quien la madre Alcmena se desvive

Despiertan aturcidos.

Apénas el menor dentro percibe

Del escudo las fieras alimañas

Y vé los agudísimos colmillos

Próximos á cebarse en sus entrañas,

Con ambos piececillos

Los cobertores mórbidos sacude

Y con rápida fuga el riesgo elude.

No así el niño mayor: de su nodriza

Hércules en los brazos nunca llora:

Tarde nació; y aunque el materno pecho

No deja aún, en pavorosa liza

Con los alevés mónstruos entra ahora

IDILIO XXIV.

Y al desigual peligro va derecho.
 Con ambas manos poderoso aferra
 Uno y otro dragon; y la garganta
 Les oprime y quebranta
 Y con el puño lía;
 Voraz garganta, que el veneno cria
 Que hasta á los Dioses del Olimpo aterra.
 Los áspides de pronto se enfurecen
 Y en derredor se enroscan del infante;
 Mas luego desfallecen
 Ahogados por el puño de adamante.
 Del cansado espinazo
 Destuercen sin aliento el débil lazo
 Y por soltarse en vano forcejean.
 Despierta Alcmena al espantoso ruido,
 Y dice á su marido:
 "Anfitrión, levántate: de miedo
 "Y o moverme no puedo.
 "¡Sús! De la cama sal. Fuerza es que te alces;
 "Ni las sandalias á los piés te calces.
 "¿No escuchas cómo llora
 "Nuestro hijo pequeñuelo?
 "¿No ves qué claridad baña los muros
 "Aunque léjos aún está la aurora
 "Y tenebrosa noche cubre el cielo?
 "¡Ay, esposo querido!
 "En mi casa algo nuevo ha sucedido."
 Calla: y de su mujer cediendo al ruego
 Del lecho salta luego

IDILIO XXIV.

El varón fidelísimo; ligera
 La mano lleva á la fulgente espada
 Con primor trabajada,
 Que junto á la vistosa cabecera
 De fuerte cedro, sólida clavija
 Sostiene siempre fija.
 El bello cinturón, reciente hechura,
 Ase su diestra; y la preciosa vaina,
 De loto sin igual manufactura,
 Con la izquierda sujeta,
 Cuando inunda de nuevo
 La vasta estancia oscuridad completa.
 Entonces, á la dormida muchedumbre
 Alborotando, clama: "Presto lumbre
 "Traedme del hogar, y llama viva
 "Veloces encended ¡oh mis criados!
 "Y quitad á las puertas los candados.
 "¡Laboriosos domésticos, arriba!"
 Así clama. Los siervos diligentes
 Con lámparas ardientes
 Acuden en tropel. Toda se llena
 La cámara de gente; y cuando al niño
 Los dragones asir la turba mira,
 Grito de espanto universal resuena.
 Con infantil cariño
 La vista en derredor Hércules gira:
 A Anfitrión señala
 Los sofocados áspides; la sala
 A saltos atraviesa

IDILIO XXIV.

Y sonriendo arroja
De su padre á los piés la opima presa.
Exánime de miedo y de congoja
Íficles yace: Alcmena le prodiga
Dulces caricias; con amor lo abriga
Y lo reclina en su materno pecho,
Miéntas Anfitrión al otro deja
Con piel cubierto de velluda oveja
Y de nuevo á dormir torna á su lecho.

Toca el alba á su término; del gallo
Por la tercera vez el canto suena:
A Tiresias,⁵ verídico adivino
Hace llamar Alcmena,
Y narrándole el caso peregrino
A revelar sin miedo le conjura
El porvenir que del prodigio augura.
"Ruégote, dice, que veraz respondas,
"Y aunque los Dioses infinitos males
"Maquinen contra mí, nada me escondas.
"No es dado á los mortales
"El destino eludir; ni yo rehuso
"Saber qué trama de la Parca el huso.
"¡Oh! Ruégote otra vez, insigne sabio
"Everides Profeta, me perdones
"Si dictarte lecciones
"Osa atrevido mi femíneo labio."

La Reina así concluye,
Y de esta suerte el Adivino arguye:

IDILIO XXIV.

" ¡Señora, ten valor! ¡Madre dichosa
"De ínclita prole; en cuyas nobles venas
"Hierve la sangre que en Perseo ardía!
"Yo te lo juro por la luz hermosa
"Que en horas mas serenas
"A mis ojos lucía:
"Ha de llegar el día
"En que de Aquívas damas bello enjambre
"Al devanar la delicada estambre,
"En medio á sus labores
"Entonarán de tarde tus loores.
"Repetirán sonoro
"Tu claro nombre en armonioso canto,
"Alcmena, Alcmena clamarán en coro
"Y adorarán tu simulacro santo
"Humildes las Argólicas doncellas.
"Tal ¡oh Madre! será tu niño augusto;
"Magnánimo varón, héroe robusto,
"Que se ha de remontar á las estrellas.
"Fiera no habrá salvaje
"Que su diestra no dome en fácil caza,
"Miéntas la humana raza
"Tributará homenaje
"Al semidios de hinojos.
"Y cuando doce⁶ empresas, que mentira
"Parecerán al mundo, él acometa,
"Recogerá en Traquina sus despojos
"La funeraria pira
"(Así el Hado inmutable lo decreta);

IDILIO XXIV.

"Y él cubierto de gloria refulgente,
 "Atravesando el azulado espacio,
 "De Jove en el Olímpico palacio
 "Ascenderá á morar eternamente.
 "Yerno lo llamarán los Dioses mismos
 "Que hoy, para devorarlo, á esos dragones
 "Sacaron de sus fétidos abismos.
 "Entónces en su lecho al ver al ciervo
 "Quieto lo dejará el leon protervo.
 "Tú entretanto, Señora, los carbones
 "De tu brasero atiza,
 "Y cúbrelos de mágica ceniza
 "De aspálato, de cardos ó de zarzas,
 "U otras espinas que mejor te plegue:
 "Es menester que cuidadosa esparzas
 "Ramas secas sobre él, hasta que llegue
 "Bien nutrida á elevarse llama roja.
 "Los áspides arroja
 "Dentro la ardiente hoguera, y (no lo olvides)
 "A media noche en punto;
 "A la mismísima hora en que difunto
 "Dejar quisieron al infante Alcides.
 "Al despuntar el día
 "De tu séquito manda á una doncella
 "Que fiel recoja la ceniza fría.
 "De las sierpes no deje ni una huella,
 "Ni un mínimo fragmento;
 "Mas toda por el viento
 "Sobre quebradas piedras la difunda,

IDILIO XXIV.

"O bien la precipite
 "De un rio en la vorágine profunda,
 "Y torne la criada
 "Sin dirigir atrás una mirada.
 "Luego al lustral conjuro
 "Darás principio: con azufre puro
 "Ante todo, la casa purifica.
 "Agua con sal mezclada
 "Y de ramos de oliva coronada
 "(Segun el rito) riega, y sacrifica
 "En fin, á Jove, triunfador divino,
 "Un jabalí del sexo masculino,
 "Para poder triunfar de la perfidia
 "De tus contrarios, y su atroz envidia."
 Tal de Tiresias resonó el acento,
 Y, por años sin número gravado,
 El anciano salió con paso lento
 Y al carro de marfil subió ayudado.
 Hércules al cuidado
 De su madre amorosa y diligente,
 Cual tierna planta en el verjel, crecía;
 Y del Argivo Anfitrión la gente
 Por hijo le tenía.
 En la primera infancia
 Las letras le enseñó el anciano Lino,⁷
 Héroe de nunca vista vigilancia,
 Del grande Apolo vástago divino.
 Luego á tender el arco, y con certero

IDILIO XXIV.

Tiro lanzar saetas á millares,
 Eurito⁸ lo adestró, rico heredero
 De espaciosos y fértiles solares.
 Su voz al canto; y una y otra mano
 Formó de box á la sonante lira
 Eumolpo Filamónides humano.
 Cómo sobre la pierna el cuerpo gira
 De los Argivos ágiles varones
 A fin de derribar al adversario
 Del circo en las Olímpicas funciones;
 Con el tremendo cesto el modo vario
 De combatir, y las diversas tretas
 Con que, al arte ajustados, los atletas
 El pecho, al lidiar siempre desnudo
 Hacia la tierra inclinan,
 Del hijo de Mercurio aprender pudo
 Que Harpálico Fanópeo⁹ denominan;
 Heróico luchador, cuya mirada
 A nadie sostener fuera posible
 Siquier de léjos. ¡Tal la faz airada
 Lanzaba del varon fulgor terrible!
 Caballos á domar de raza pura,
 A guiar el carro en la veloz carrera
 Marchando de la meta en derecha,
 Y al tocarla, con mano muy ligera
 Uno y otro bridon hacer que ceje,
 Salva la rueda y sin romper el eje,
 Anfitrión á su hijo muy querido
 Quiso enseñar él mismo; y con justicia,

IDILIO XXIV.

Porque nadie igualaba su pericia,
 Y mil veces y mil habia sido
 Vencedor en el rápido certámen;
 Y en Argos, por sus potros celebrado,
 Guarda las que ganó ricas preseas.
 Muestran el nunca roto maderámen
 Los carros que montaba, y ha aflojado
 El tiempo las viejísimas correas.
 Cómo con lanza en ristre, y de la adarga
 Puesta la espalda al oportuno abrigo,
 El acero encontrar del enemigo,
 Tender las emboscadas, dar la carga,
 Y ordenar las falanges de peones
 Conviene al lidiador; cuál se acomete
 Al frente de ligeros escuadrones,
 Cástor,¹⁰ el gran ginete
 A enseñarle accedió, que fugitivo
 Por acaso llegó del suelo Argivo,
 Cuando usurpó sus viñas, y su vasto
 Reino Tideo, que en infausta guerra
 Argos entera conquistara á Adrasto,
 De caballos sin par criadora tierra.
 Y ántes que á Cástor la vejez adusta
 Viniera á ajar su juventud robusta,
 No se vió semidios que lo igualara
 En los combates y tremendas lides.

De Anfitrión y de su madre cara
 Tal fué la educacion que tuvo Alcides.¹¹